

# I

**HACE MUCHO TIEMPO**, cuando no había televisión ni papas fritas en bolsa, vivían un pescador, su esposa y su hija, Lala, en una cueva del valle de Supe. Cada mañana, el pescador se metía al mar en su barca de totora y recogía las redes, que había dejado la noche anterior, llenas de peces.

Todos los días, Lala y su madre reunían los mariscos que encontraban en las peñas de las playas o bajo la arena húmeda de las orillas, y los secaban a la intemperie para poder guardarlos y cambiarlos después por otros productos durante la feria que se hacía cada año en la ciudad de las pirámides.

También fabricaban sal, juntando agua del mar que secaban al sol en pozos poco profundos, sacando luego cristales que comerciaban con los viajeros de la sierra, aquellos que venían desde muy lejos, de tierra adentro, del otro lado de las montañas.

Lala y su madre también sabían hacer sogas, petates, sandalias y canastas de la totora, ese verde junco de los pantanos que ponían a secar junto a la laguna para después trenzarlo.

Todo lo que hacían durante el año lo llevaban al mercado, y así conseguían maíz y frutas, semillas, algodón blanco y pardo, piedras de colores, cacao, collares, pepinos.

El papá de Lala traía a la casa unos peces grandes, y también otros chicos. Unos con muchas espinas, otros con pocas o ninguna. Unos feos como monstruos, con bigotes, inflados, de

escamas verdes o rosadas. Otros planos como platos, o estirados y puntiagudos como serpientes. El mar era siempre un reto a la imaginación, podía sorprenderte con las cosas que arrojaba a las redes de papá. A los tres miembros de esta familia les daba de comer, y así pasaban horas y días, felices y ocupados. Lala algunas veces ayudaba a su padre a recoger las redes y a meter los peces en las grandes canastas. Todos los que pasaban por ahí y veían a Lala decían «qué linda es su hija», porque era una chica muy bonita. Ayudaba también a su mamá en todo lo que ella hacía y así aprendía mucho.

Un día, las cosas empezaron a cambiar: hizo más calor que nunca, llovió a cántaros en las montañas y los ríos bajaron con grandes piedras y barro que cubrieron toda la tierra.

Las aguas se salieron de su cauce. El mar se puso tibio y los peces se alejaron mar adentro, buscando las aguas frías que conocían y en donde encontraban el alimento que estaban acostumbrados a comer. Pero también llegaron muchos peces nuevos y desconocidos, de aguas tibias.

Aparecieron, además, nubes de moscas, cucarachas, grillos, garrapatas, mosquitos y zancudos. Lala y sus padres enfermaron de fiebre y del estómago. El padre no encontró más los peces que acostumbraba sacar del mar, y la madre, por donde iba, solo veía la tierra convertida en lodo.

Unos meses después, todo lo inundado floreció salvajemente y sin límites, con un escandaloso tono verde intenso y abrumador. Vino un año de florecimiento, y cuando este acabó, los ríos se secaron, se produjo la sequía, y después no tuvieron qué comer y poca agua para beber. Los padres, desesperados, no sabían qué hacer para alimentar a su hija. A veces tomaban sopa de piedras o masticaban totora seca, queriendo olvidar el llamado del hambre. Así pasaron dos años.

En una ocasión, el padre pescó un pez de cabeza con forma de guayaba, el que abrió la boca y dijo antes de morir en la red:

«el mundo se va a acabar mañana». Desesperados, se sentaron a la mesa a compartir sus penas. Fue entonces que la madre dijo:

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Y como salido del fondo del tiempo, del nacimiento de los ríos, de la sombra de la luna, apareció entre la penumbra de la cueva de la playa un hombre pequeñito y misterioso, con cara y orejas de perro, que hablaba de manera seca y cortante, con pocas palabras y voz aguda y chillona. Vestía un poncho raído y un gorro en la cabeza del que sobresalían las orejas.

—Tú me llamas, ¿quieres qué?

Los tres se quedaron en silencio, mirando al hombrecito sin saber qué decir. El pescador respondió:

—Queremos dar de comer a nuestra hija, poder pescar y trenzar el junco; pero el mar no da peces y la tierra está seca. Este último año nos ha ido muy mal y no tenemos nada guardado para el año siguiente. ¿Nos puedes ayudar?

—¿Tú quieres hago yo? ¿Qué tú? —siguió el hombrecito con cara de perro.

—Que nos ayudes, que el mar dé peces otra vez y que la tierra dé frutos, que vuelva la abundancia —dijo el padre.

El hombrecito se quedó pensativo un rato, miró hacia lo alto de la cueva, donde se escondían los inquilinos murciélagos, que lo miraban con atención, hasta que finalmente dijo:

—Bueno, sí y no. ¿Qué tú das?

El pescador y su mujer se miraron, cansados. No tenían nada de valor ya. Las últimas canastas, los camarones secos, los collares de caracoles de mar ya se habían ido. Les quedaban las piedras del batán, algo de leña, las mantas de paja donde dormían, los tres bancos, sus tres caparazones de tortuga, dos piedras de sal, la llama Paca en el corral, y nada más. No sabemos cómo, pero pronto padre y madre estaban con los ojos puestos en su única hija, Lala. Ella estaba asombrada de encontrar un brillo tan extraño en los ojos de sus padres.



La madre dijo resueltamente:

—Tenemos a nuestra hija.

Y dio con la mano en el costado del padre:

—¿No es así, papá?

Tímidamente el pescador asintió.

—Sí, tenemos a nuestra hija.

Y la madre agregó, dirigiéndose al hombrecito:

—Puede llevarla a su casa para que ayude en las tareas del hogar. Es buena y hacendosa.

El hombrecito con cara de perro dijo entonces, suspirando, como viéndose una vez más frente a una situación inevitablemente favorable:

—Bueno, pareces bien mucho. Yo voy por ella, cuando el sol da vuelta y regresa mismo sitio de hoy. Y llevo hija tú, para casa.

El hombrecito se fue tan rápido como vino.

Los tres quedaron solos y en silencio.

El padre habló con la madre en voz baja. Se miraron apenados, pero en el fondo de sí mismos pensaron que si el hombrecito cumplía lo que prometía, después no le harían caso. El tiempo habría pasado y podrían irse a otra parte, olvidando todo el asunto. Lo engañarían.

—Bueno, si así lo quieren ustedes —dijo Lala esa noche, antes de ponerse a llorar.